

## Las relaciones de la Federación Rusa con Estados Unidos antes y después del 11 de septiembre

Por Pablo Telman ANCHEZ RAMÍREZ\*

UNA DÉCADA DESPUÉS DE FINALIZADA LA GUERRA FRÍA, las relaciones ruso-estadounidenses son menos amistosas y cercanas que lo que muchos especialistas habían vaticinado luego de la caída del sistema comunista en ese país. Existen muchas áreas de desacuerdos y desavenencias entre ambos países que lejos de encontrar soluciones se han mantenido insolubles en todos estos años: esta amplia gama de cuestiones bilaterales va desde los planes estadounidenses por desarrollar un nuevo sistema nacional de defensa antimisiles (NDM) hasta las importaciones de armamentos y tecnología nuclear por parte de Moscú a ex aliados soviéticos, tales como Irán, Iraq y China, lo cual ha sido ampliamente rechazado por parte de la Casa Blanca. En el presente artículo, analizaremos el estado de las relaciones ruso-estadounidenses a partir del año 2000 y la influencia que han tenido sobre las mismas los acontecimientos del 11 de septiembre del 2001.

La llegada de Vladimir Putin al poder en Moscú despertó nuevas interrogantes en Occidente, sobre todo en Washington, en relación con lo que debía esperarse de este nuevo régimen encabezado por una personalidad prácticamente desconocida en el mundo político nacional y que para muchos no era una simple continuación del anterior mandato. Sin embargo, la Casa Blanca reconocía a esta figura como la alternativa más viable—el otro candidato con ciertas posibilidades de triunfo era el comunista Guennadi Zyuganov— para suceder a Yeltsin. La secretaria de Estado, Madeleine Albright, señalaba en su primer viaje a Moscú, luego de la elección de Putin como presidente, que “lo más importante era juzgarlo por lo que hiciera a partir de este momento”.<sup>1</sup> Estados Unidos decide apoyar a toda costa al nuevo mandatario ruso habida cuenta de la ausencia de otra figura que pudiese competir con él y por ser considerado por todos como el sucesor de Boris Yeltsin, lo cual era visto como garantía de que las reformas económicas continuarían su rumbo.

\* Profesor investigador de tiempo completo, Instituto Tecnológico de Estudios Superiores Monterrey (ITESM); Facultad de Ciencias Políticas y Sociales, Universidad Nacional Autónoma de México.

<sup>1</sup> David Kramer, “Russian psychobabble”, *Washington times*, 1º de marzo del 2000

A partir de la agresión de la OTAN a Yugoslavia, la ampliación del bloque militar hacia el este de Europa, el incremento de la presencia estadounidense en la zona del Medio Oriente y en el llamado *cercano extranjero* (*blizhnyem zarubezhie*) de Rusia<sup>2</sup> —fundamentalmente en los países postsoviéticos centroasiáticos y caucásicos—, la crítica más abierta de Occidente a las posturas de Moscú en el conflicto checheno, el Kremlin comienza a adoptar posiciones más ofensivas que defensivas en el entorno internacional, para de tal forma intentar contrarrestar la evidente imagen de hegemonía militar y política de Washington en los asuntos mundiales.

En tal sentido, fue adoptada la nueva doctrina militar y la nueva concepción de seguridad nacional que instaron a establecer una política exterior más afirmativa y ofensiva, así como a resaltar la importancia de las armas nucleares en el contexto de la política de seguridad nacional. Asimismo, fueron revisadas las disposiciones anteriores relativas al empleo de este tipo de armamento y a partir de este momento se permitió el uso del armamento nuclear por parte de Rusia en respuesta a ataques foráneos realizados con otros tipos de armamento, así como el empleo de las armas nucleares rusas frente a Estados no nucleares pero que amenacen la seguridad nacional de Rusia y el reconocimiento de la OTAN como un probable agresor. De tal forma Moscú hacía uso de la única ventaja de que disponía en el contexto internacional: su condición de superpotencia nuclear. El gobierno ruso continúa incrementando anualmente la venta de armamentos en el mercado mundial; ya para el año 2002 alcanzó la cifra de 4 billones de dólares, lo cual significó un incremento de más de 500 millones de dólares en relación con el año anterior.<sup>3</sup>

in embargo, estos cambios importantes en las posturas militares y de seguridad, que indiscutiblemente tienen su incidencia en la política exterior, así como sus intentos por reanimar sus vínculos con países como China, Irán, Corea del Norte, Vietnam, Cuba, India<sup>4</sup> o la intensificación de la guerra en Chechenia, no implicaron una variación radical en las posiciones de Moscú en relación con Washington. A pesar de que el Kremlin mantiene su política —de la segunda mitad de los

<sup>2</sup> La zona del *cercano extranjero* a Rusia son los territorios no rusos que conformaban la Unión Soviética hasta el año 1991 y que actualmente forman catorce Estados independientes. Éste es un término muy utilizado por parte de los políticos rusos cuando se refieren a los territorios ex soviéticos.

<sup>3</sup> *Vremya* (programa de noticias de la televisión rusa), 8 de febrero del 2001

<sup>4</sup> Durante su primer año al frente del Kremlin, Putin visita China, Vietnam, Corea del Norte y Cuba, países que tradicionalmente han mantenido una postura de distanciamiento con Estados Unidos

noventa— de cuestionar e intentar limitar el poderío hegemónico estadounidense en el entorno mundial, no deja de lado la importancia que reviste para Rusia el diálogo constante y fructífero con este interlocutor occidental. Los encuentros bilaterales periódicos al máximo nivel entre ambos países se han mantenido a través de los años como un importante componente de las relaciones ruso-estadounidenses durante toda la década de los noventa. El peso de la deuda externa y el pago de sus intereses, así como la aún frágil situación económica y social interna<sup>5</sup> constituyen presiones importantes sobre Moscú que la colocan en una francapostura de vulnerabilidad frente a Estados Unidos y la obligan a negociar de forma permanente con las instituciones financieras internacionales, en las cuales precisamente las posturas estadounidenses resultan decisivas.

Durante el año de 1998 tuvo lugar la más severa crisis económica y social en el país; el PIB disminuyó en 50% —aunque algunos reportes de ese año mencionaban que la caída había sido hasta de 83%—, la inversión extranjera se redujo en 80% y la producción de carne y bienes de consumo disminuyó en 75%.<sup>6</sup> A partir de 1999 la situación económica recibe un ligero respiro; en ese año la economía rusa creció 5.4%; en el año 2000 crece 8.3%, y para el 2001 se esperaba un incremento cuantitativo de 5%.<sup>7</sup> De tal forma, el balance de poderes entre ambas potencias ha sufrido un cambio significativo a favor de Washington. Rusia ya no es considerada una superpotencia y el volumen de su economía es más cercano a las de países como Portugal o Suiza que a la de Estados Unidos o China. Incluso si los indicadores económicos rusos se incrementan 7% anual a lo largo de los próximos 20 años, la economía rusa se situaría en un nivel muy similar a las de Brasil o la India y muy por debajo de las mayores potencias económicas mundiales.<sup>8</sup>

La doctrina exterior de Putin mantiene una orientación dual, en la cual se combinan los intentos por rechazar las acciones hegemónicas de Washington en el entorno internacional y resaltar la presencia de Moscú en el escenario mundial con la confirmación del interés ruso por

<sup>5</sup> A partir de 1999, el alza de los precios del petróleo y del gas a nivel mundial permitió una cierta recuperación en los indicadores macroeconómicos rusos

<sup>6</sup> Stephen Cohen, *Failed crusade. America and the tragedy of post-communist Russia*, Nueva York, W Norton & Company, 2000, p. 159

<sup>7</sup> M. McFaul, "Realistic engagement: a new approach to American-Russian relations", *Current history*, vol. 100, núm. 648 (octubre del 2001), p. 320

<sup>8</sup> *Ibid.*, p. 315.

mantener buenas relaciones con Estados Unidos y priorizar los diálogos bilaterales con esta contraparte.

La Federación Rusa se desliza en un camino intermedio y por momentos aún poco definido que fluctúa entre posturas de cautela y conveniencia en relación con Estados Unidos. Por ejemplo, la intención de Washington de ampliar la OTAN hacia el este de Europa se correspondía con su interés por contener el aún existente poderío ruso. Estados Unidos intenta retomar en cierta forma la política de contención hacia Rusia de la época de la Guerra Fría, y en tal sentido se constata el acercamiento de Washington con los países miembros de la CEI, fundamentalmente con Ucrania, a la vez que censura las posiciones del Kremlin de acercamiento con los regímenes aliados de la Unión Soviética. A Estados Unidos también le inquietaba el papel que Moscú intentaba adjudicarse, con el pretendido consentimiento de la ONU,<sup>9</sup> en las repúblicas postsoviéticas como salvaguarda y restaurador de la paz ante los diferentes conflictos étnicos, territoriales y políticos que iban surgiendo en la década de los noventa en estos países. Eran muy frecuentes las acusaciones en los medios políticos y académicos estadounidenses en relación con las aspiraciones imperiales del Kremlin.

La actual política exterior rusa insiste en contrarrestar el declive del poderío ruso en el entorno internacional iniciado en los noventa, pero sin intentar restaurar a Rusia como una superpotencia de magnitudes similares a la Unión Soviética que llegase a competir con Estados Unidos dentro de una estructura de poder bipolar como en los años de la Guerra Fría. La correlación de fuerzas en el escenario internacional ha variado ostensiblemente, y del anterior orden bipolar se mantienen sólo algunas características que van cediendo terreno a la estructura multilateral en el entorno internacional. Incluso en la esfera de los gastos militares, Moscú ocupa una posición secundaria en relación con su otrora rival. En términos reales, Estados Unidos gastará 40 veces más (330 billones de dólares) que Rusia en cuestiones militares para el presente año; sólo por concepto de investigación y desarrollo de los planes de defensa antimisiles, Washington deberá gastar la misma cantidad de dinero que Rusia en todo su presupuesto militar anual.

La Federación Rusa ya no posee las condiciones económicas ni políticas, tampoco la fuerza y empuje necesarios para comportarse como una superpotencia en el escenario mundial, y de tal forma la

<sup>9</sup> En febrero de 1993, Yeltsin solicitaba por primera vez que las organizaciones internacionales, y sobre todo la ONU, le concediesen a Rusia poderes especiales como garante de la paz y la estabilidad en la región de la CEI. véase *Moskovskie Novosti*, 7 de marzo de 1993, p. A4

tónica de los vínculos con Estados Unidos se debe subordinar a estas condiciones objetivas. En tal sentido, el discurso político de Vladimir Putin hacia Washington ha resultado contradictorio al reflejar una imagen en ocasiones de rectitud y poca flexibilidad en el marco de las relaciones bilaterales y, por momentos, se vislumbra una postura completamente opuesta, en la cual no se llega a la subordinación de la doctrina Kozyriev<sup>10</sup> en la etapa inicial de la Rusia independiente (1992-1994), pero se observan acercamientos y posiciones de aceptación tácita por parte del Kremlin a los postulados de la Casa Blanca. En el primer caso, recordemos que la primera gira del presidente ruso al hemisferio occidental fue realizada precisamente a Cuba y Canadá, sin llegar a visitar Estados Unidos en esa ocasión, o el caso de las firmas de acuerdos de colaboración militar con los países considerados por Washington como enemigos. En el encuentro de Putin con Fidel Castro se buscó la reactivación de los vínculos con la nación caribeña y se reconoció la existencia de discrepancias con Washington en cuestión de política exterior, como son “las intervenciones humanitarias, el sistema de defensa antimisiles ultraterrestre y el respeto a los intereses de los países ricos y pobres”.<sup>11</sup> En relación con el segundo caso, tenemos la postura adoptada por el Kremlin luego de los sucesos del 11 de septiembre del 2001 en Estados Unidos, la cual analizaremos más adelante.

Es un hecho que Rusia y Estados Unidos presentan diferentes percepciones en relación con los procesos internacionales contemporáneos, así como intereses nacionales divergentes. Han existido varias áreas en las cuales ambos países han mantenido posiciones de fricción e incluso confrontación en los últimos años. Una de ellas es el Golfo Pérsico, donde la actitud tolerante de Moscú ante el régimen de Saddam Hussein, sus relaciones con Teherán y su interés en el mantenimiento de altos precios del petróleo lo coloca en posiciones enfrentadas y divergentes con Washington. Las buenas relaciones del Kremlin con los regímenes *conflictivos* de la región del Medio Oriente preocupa e inquieta a la Casa Blanca.

La cuestión del control de los misiles y el sistema de defensa antimisiles constituye otra de las esferas en la que ambos países ocupan posiciones divergentes. Rusia sostiene su postura en relación con el

<sup>10</sup> El objetivo fundamental de la llamada doctrina Kozyriev consistía en lograr la plena inserción de Rusia en Occidente en todos los órdenes.

<sup>11</sup> “Desmiente Vladimir Putin alianza de Rusia y Cuba contra Estados Unidos” Agencia de prensa *Notimex*, 15 de diciembre del 2000, Infolatina (internet)

Tratado ABM<sup>12</sup> —firmado hace 30 años— al cual considera la base y el principio fundamental de la estabilidad estratégica en el mundo. Por el contrario, la postura de Estados Unidos —reforzada con la llegada de George Bush a la Casa Blanca— radica en considerar este Tratado como una reliquia de la época de la Guerra Fría y, por lo tanto un anacronismo que no garantiza los intereses de seguridad estadounidense en el cambiante mundo actual.

La posición estadounidense de retirarse de forma unilateral del Tratado de Antimisiles Balísticos (ABM) y de llevar adelante su proyecto de creación de un Sistema Nacional de Defensa Antimisil (NDM) ha traído como consecuencia tirantez en los vínculos bilaterales y ha sido un factor desestabilizador en el sistema internacional. El tratado ABM está estrechamente vinculado con otros treinta acuerdos de seguridad, entre los que destaca el TRAT-1. La contraparte rusa —opositora al proyecto— considera que el sistema de defensa antimisiles sólo contribuiría a crear mayores tensiones y dificultades en el orden mundial y lo califica como una amenaza a la disuasión y a la estructura de control de armamentos. El intentar revertir este asunto de la defensa de misiles de una cuestión de fricciones y tensiones en los vínculos entre ambos países a un asunto de colaboración y entendimiento mutuo en el marco de cooperación en asuntos de seguridad constituiría uno de los mayores retos de las relaciones bilaterales en el futuro inmediato.

En febrero del 2001, el ministro de Defensa ruso Serguei Ivanov señaló en una Conferencia de Prensa en Munich que “la intención de Washington por abrogar el Tratado ABM y desplegar el nuevo sistema de defensa antimisiles llevaría al surgimiento de una nueva carrera armamentista que incluiría la carrera de armamentos en el espacio”.<sup>13</sup> Por su parte, Putin “advierte a la Casa Blanca que si se apartan del acuerdo sobre misiles defensivos antibalísticos de 1972 (ABM), Rusia abandonará el diálogo y emprenderá una política independiente de disuasión nuclear”.<sup>14</sup>

Luego de los sucesos del 11 de septiembre del 2001, Moscú ha suavizado su postura de condena a la renuncia unilateral del Tratado

<sup>12</sup> El Tratado ABM fue firmado en el año 1972, por parte de los gobiernos de la Unión Soviética y Estados Unidos. Ambas partes renunciaban a cualquier derecho de defensa frente a las armas nucleares de la contraparte. Se recomienda leer el artículo de Robert Blackwill, “The ABM treaty and ballistic missile defense”, en *Arms control and the US-Russian relationship*, Council on Foreign Relations and the Nixon Center for Peace and Freedom, 1996, pp. 37-47.

<sup>13</sup> Pavel Felgenhauer, “Must realism be arrogant?”, *Moscow Times* (Moscú), 5 de abril del 2001

<sup>14</sup> *Ibid.*

por parte de Estados Unidos, si bien reitera la necesidad de establecer negociaciones bilaterales para analizar esta situación. Por su parte, el presidente Bush ha señalado que el Tratado NMD constituye una prioridad nacional para su país y que se llevará adelante con independencia de las reacciones del Kremlin.

La Federación Rusa se mantiene ante la disyuntiva de fomentar la colaboración con las instituciones occidentales y sujetarse a sus requerimientos económicos y políticos o intentar abrir un camino de desarrollo interno y regional, lo cual, dada la situación actual del país tanto en el plano económico como político, resulta harto complicado. De tal forma, los partidarios de la tendencia euroasiática señalaban que la vía más idónea era precisamente fomentar los vínculos en un entorno más próximo a Moscú desde el punto de vista económico, político y cultural. Sin embargo, ni los países de la Comunidad de Estados Independientes, ni Estados como China, la India, Iraq o Irán están en condiciones de ofrecer a Moscú lo que realmente necesita en términos de comercio, financiamiento e inversiones. Estos países sólo le brindan a Rusia la posibilidad de retomar al escenario internacional con un papel renovado de potencia activa; sin embargo, desde el punto de vista económico y financiero son escasas las probabilidades de beneficio y ventaja para ambas partes. Rusia necesita de las inversiones y vínculos financieros de Estados Unidos y del resto de los países industrializados occidentales.

Con la llegada de Putin al poder, Rusia intenta establecer una política exterior de mayor apertura y diversidad en el entorno internacional, insistiendo en mantener un evidente acercamiento con los países de Europa Occidental en el plano bilateral y multilateral, por lo que al referirse a Occidente se realiza la distinción entre Estados Unidos y la Europa Comunitaria. Sin embargo, estas posturas no implican un mayor distanciamiento en relación con Estados Unidos, sino más bien una redistribución de las prioridades de Moscú, en las cuales el factor europeo vuelve a tomar fuerza y, por momentos, nos recuerda la etapa de la perestroika y de la política de nueva mentalidad (1985-1991) cuando la creación de la Casa Común Europea constituía una de las prioridades principales de la política de reestructuración de Mijail Gorbachov.

Durante los últimos años, la Federación Rusa se ha pronunciado ininterrumpidamente contra la tendencia de creación de un orden mundial unipolar o hegemónico y, en su lugar se ha mostrado favorable al establecimiento de un sistema internacional multipolar en el que Estados Unidos ya no disponga de su papel de gendarme internacional. Moscú

no está en condiciones de restablecer un orden bipolar similar al de la época de la Guerra Fría, pero tampoco renuncia a su papel de gran potencia en el sistema internacional.

Entre Rusia y Estados Unidos difícilmente podrá existir jamás una verdadera alianza, una asociación estrecha y sólida en todos los órdenes, pues ambas potencias continúan buscando el poder en las relaciones internacionales, aunque en el caso de la primera, intenta no perderlo del todo y acepta compartirlo con otras potencias como China, Alemania y, claro está, Estados Unidos. Para muchos aún queda abierta la interrogante, ¿aspirará Rusia a establecer un diálogo constructivo y definitivo con Estados Unidos a un corto plazo?. ¿o mantendrá su política de acercamiento con los Estados definidos por la Casa Blanca como *conflictivos* y enemigos de sus intereses? La respuesta a esta interrogante no sólo depende de la parte rusa, sino también de la contraparte estadounidense.

Para Rusia es importante acercarse a Europa e intentar su inserción definitiva en los mecanismos económicos y financieros regionales. Moscú no está en condiciones de entrar en un conflicto con Occidente, ni siquiera de distanciarse o aislarse de ese entorno; en tal sentido, podría jugar la carta europea con un triple propósito, intentar una vez más su integración regional plena, buscar una alternativa dentro del escenario occidental a la relación de dependencia con Estados Unidos y, finalmente, le serviría como una vía para recuperar su condición de potencia global al hacer ver su papel en el contexto europeo. in embargo, es de prever que en los próximos años Moscú continúe siendo excluida como miembro pleno de las organizaciones multilaterales europeas fundamentales, y Estados Unidos está consciente de ello, pues aún mantiene su papel protagónico en la dinámica de los procesos regionales europeos. La dinámica de la plena inserción económica y financiera de Rusia en los mecanismos europeos es un fenómeno que aún tomará décadas y que en lo fundamental dependerá más de la respuesta de estas instituciones y de sus propias políticas e intereses que de las actitudes o posiciones del Kremlin.

En los círculos políticos estadounidenses se tiende cada vez más a no estimular los procesos de transición en Rusia y a enfocar principalmente dentro del espectro de las relaciones bilaterales a las cuestiones de seguridad mutua. Tanto el cambio de presidente —Putin despliega una postura más distante y cautelosa hacia Washington, en comparación con su antecesor— como el hecho de que la sociedad rusa se ha vuelto más crítica en cuanto a la injerencia estadounidense en los asuntos internos del país, y finalmente el desinterés de la Casa Blanca por



cooperar en un resurgimiento económico y político del Estado ruso han incidido en esta situación.

Los sucesos del 11 de septiembre del 2001 en Estados Unidos y los inmediatos cambios acaecidos en el escenario internacional parecían reflejar un cambio radical en el estado de las relaciones entre Moscú y Washington. En vísperas de su visita a Norteamérica, Vladimir Putin confirmaba su decisión de llevar a cabo una “nueva política” de asociación con Estados Unidos y reconocía la necesidad de actuar en estrecha coordinación con Washington para establecer un “orden conveniente” en Afganistán.<sup>15</sup>

En una entrevista ofrecida por Putin al diario estadounidense *Wall Street Journal*, señalaba que la cooperación entre Moscú y Washington “era el factor más importante para alcanzar la estabilidad en el mundo [...] existe un nuevo y muy alto nivel de confianza entre ambos países luego de los ataques terroristas del 11 de septiembre”.<sup>16</sup> Moscú apostó plenamente por lograr la confianza de Washington en esta nueva alianza. Por citar sólo un ejemplo, se procedió a retirar sin consultar a los cubanos la base electrónica de espionaje rusa de Lourdes, como un gesto hacia Estados Unidos de *buena voluntad* de que estaban replanteando seriamente los vínculos con su país.

El hecho de que a partir del 11 de septiembre ambos países se hayan situado en un frente común de colaboración ante un enemigo único (en este caso el terrorismo internacional) no implica que se haya establecido una alianza sólida y duradera entre ambos Estados. La postura del Kremlin ha sido comprensible —de hecho Putin fue el primer jefe de Estado en manifestar el pleno respaldo a su homólogo estadounidense el propio día de los sucesos—, la intención de comparar e identificar a los talibanes y a los rebeldes chechenos dentro de la misma categoría de terroristas era evidente. Las categorías de terrorismo internacional y fundamentalismo islámico fueron colocadas en el mismo plano y era necesario aunar esfuerzos entre todas las potencias occidentales —incluida lógicamente Rusia— para neutralizar estos fenómenos extremistas que atentaban contra la paz y estabilidad mundial.

Inicialmente existió un profundo optimismo en medios políticos, periodísticos y académicos sobre las posibilidades de que Moscú y Washington se aliaran definitivamente, aunaran esfuerzos y conciliaran intereses en el escenario internacional para, a partir de ese momento,

---

<sup>15</sup> Yuri Afanasiev, “What Russia-us partnership promises the world”, *Obshchaya Gazeta* (Moscú), núm. 52-1 (diciembre del 2001)

<sup>16</sup> “Russia’s leader: smart, modest and an enigma” *Wall Street Journal*, vol. CCXXXIX, núm. 30 (12 de febrero del 2002), p. A22.

actuar de conjunto ante las diferentes situaciones del orden mundial. Sin embargo, ambos gobiernos se limitan a intercambiar numerosas promesas y declaraciones optimistas en vez de concertar acuerdos reales y concretos. Por su parte, la Casa Blanca no demuestra interés real en un acercamiento hacia Rusia al mantener invariables sus posturas previas a la entusiasta participación de Moscú en la alianza antiterrorista: la renuncia al Tratado ABM a pesar de la insistencia del Kremlin o la actuación unilateral de Washington en relación con situaciones internacionales sin llegar a solicitar autorización de la ONU son sólo dos factores que corroboran esta cuestión.

No existen bases reales y objetivas para confiar en que se pueda establecer una alianza estratégica sólida y duradera entre Rusia y Estados Unidos. En la etapa de la Guerra Fría, las relaciones bilaterales eran más previsibles, incluso estables, pues en el marco de la bipolaridad era más sencillo identificar los amigos y enemigos de cada parte. Por el contrario, en la etapa actual lo impredecible del sistema internacional y la diversidad de intereses hace que este tipo de alianzas sea efímera y circunstancial. Por ejemplo, en la zona del norte del Cáucaso y Asia Central, Rusia tiene sus intereses específicos que en ocasiones difieren de los de Estados Unidos, el factor del petróleo desempeña un papel muy importante para la economía rusa,<sup>17</sup> o en el caso de la guerra en Afganistán, en la cual cada parte tenía sus aliados y sus preferencias a la hora de formar un gobierno posconflicto en el país asiático.

La nueva luna de miel entre el Kremlin y la Casa Blanca finalizaba muy pronto. Los enérgicos pronunciamientos de Bush a inicios de febrero del 2002 en relación con la inclusión de varios países amigos de Rusia —Iraq, Irán y Corea del Norte— entre los enemigos de Washington hacia los cuales dirigiría su ofensiva militar en caso necesario, y que llegara a calificar como “ejes del mal”, hizo despertar a Moscú del letargo. La inclusión por parte de Washington en la lucha contra el terrorismo internacional de países que, en la opinión del Kremlin, no estaban inmiscuidos en estos procesos despertó declaraciones bastantes altisonantes en la contraparte rusa. Putin declaraba “que si bien Rusia y otros Estados habían dado el consentimiento a Estados Unidos para llevar a cabo las acciones militares en Afganistán, no lo harían en el caso de que estas acciones se realizaran en contra de Iraq o de otros Estados donde no existan fundamentos para violar los precedimientos internacionales establecidos o sobrepasar las prerrogativas de

<sup>17</sup> Cf. la disputa entre Rusia y Estados Unidos sobre el oleoducto del Caspio y el control de los recursos petroleros en los países postsoviéticos

la ONU".<sup>18</sup> De tal forma, el Kremlin rechazaba los intentos unilaterales de la Casa Blanca por llevar a cabo acciones militares en contra de otros Estados sin el consentimiento de la ONU y de otras instituciones internacionales y sin disponer de pruebas concluyentes respecto al involucramiento de los mismos en acciones terroristas. Asimismo, la Cancillería rusa daba a conocer un documento "terrorismo internacional: la posición rusa", en el cual se expresaban las preocupaciones respecto de lo que se denominaba como signos de debilitamiento en la coalición antiterrorista internacional. En el propio documento, en indirecta alusión a Estados Unidos, se señalaba que algunos estaban intentando utilizar la lucha antiterrorista como vía para "reavivar las ideas de la Guerra Fría y la confrontación geopolítica".<sup>19</sup> Asimismo, en febrero del 2002, el Pentágono anunció su intención de enviar a Georgia —a petición de ese gobierno— efectivos militares estadounidenses para establecer el orden en la frontera con Rusia. El Kremlin protestó enérgicamente señalando que esa medida estadounidense sólo complicaría la difícil situación existente en la zona, a la vez que recordaba la existencia de acuerdos entre Rusia y Georgia para dirimir los diferendos fronterizos entre ambas partes.<sup>20</sup>

Luego de largos meses de apoyo incondicional de Rusia a la operación Libertad Duradera, los resultados inmediatos saltan a la vista: el reforzamiento de la presencia militar de Estados Unidos en una región con abundantes reservas de petróleo y gas natural; un mayor acercamiento del gobierno de Washington a los países postsoviéticos del Asia Central; el distanciamiento de Pakistán con respecto a China; la demostración por parte de la Casa Blanca a la comunidad internacional que eran capaces de articular una coalición internacional para resolver un problema propio y, en sentido general, un mayor dominio geopolítico en toda la región, que tradicionalmente había sido una zona en la que Rusia ejercía una influencia importante. Estados Unidos logra consolidar sus pretensiones de ser la única superpotencia en el escenario internacional contemporáneo y le demuestra a Moscú que seguirá adelante con sus planes belicistas unilaterales. Luego de esta escalada militar antitalibán, se refuerza la postura estadounidense de determinar de manera unilateral los métodos y procedimientos a seguir en el escenario internacional para lograr restablecer el orden más conveniente a sus propios intereses. El presidente Bush envía mensajes a Moscú en

<sup>18</sup> "Russia's leader" [n. 16]

<sup>19</sup> Cables de agencia informativa AP, 11 de febrero del 2002.

<sup>20</sup> "Rechaza Rusia presencia militar de Estados Unidos en Georgia", cable de agencia informativa *Notimex*, México, 27 de febrero del 2002

el sentido de resaltar la asimetría de poder que existe entre ambas naciones, fundamentalmente en el plano económico, pero también político y militar. Por su parte, ¿que obtiene a cambio el Kremlin de esta política de acercamiento con Washington? Realmente nada. Ni siquiera llevar adelante su estrategia de identificar a Al-Qaeda—la red de Osama bin Laden— con los rebeldes chechenos. Desde el inicio de los bombardeos estadounidenses a Afganistán, el gobierno ruso trató de sacar provecho de esta situación y reclamó una actitud más tolerante por parte de Occidente y de la comunidad mundial hacia la guerra en Chechenia, lo cual finalmente no consiguió.

De hecho, agotada la euforia de la lucha antiterrorista, las contradicciones entre Moscú y Washington vuelven a aflorar. Estados Unidos y Rusia tienen cada uno su propia percepción respecto a la naturaleza de las amenazas terroristas; tienen sus propios intereses geopolíticos y económicos que pueden llegar a diferir en una misma región, como es el caso del Asia Central, del Golfo Pérsico o del Cáucaso, y difieren en cuanto a los métodos necesarios para combatir estas amenazas. Luego de los sucesos del 11 de septiembre se dieron las condiciones para identificar una convergencia de intereses fundamentalmente táctica entre ambos países que sólo fue temporal, y mayormente aprovechada por Estados Unidos para consolidar sus intereses particulares en la importante región. Una vez más Rusia demuestra su estrecha visión al concentrarse solamente en la guerra en Chechenia y desaprovechar la oportunidad de utilizar esa situación favorable para llevar a cabo otros proyectos de colaboración bilateral en áreas tales como la exploración pacífica del espacio cósmico; el fortalecimiento del régimen de no proliferación de armamentos nucleares, químicos y biológicos y de destrucción masiva, así como la negociación de un tratado de seguridad mutua que tomase en cuenta los intereses nacionales y estatales de las dos potencias. Los sucesos del 11 de septiembre ofrecieron al presidente Putin la posibilidad de maniobra para llevar adelante una estrategia exterior completamente nueva y diversificada, en la cual se llevaran a vías de hecho postulados ya aprobados internamente, pero que no había sido posible implementaren la práctica. Sin embargo, esto no llega a suceder. Una vez más se demuestra que la anhelada asociación entre Rusia y Estados Unidos no llega a convertirse en una realidad, sólo queda en una promesa, en una ilusión para Moscú.

Podemos concluir que las relaciones entre Moscú y Washington podrían definirse como inestables, pero dentro de un margen de cordialidad y cooperación por parte de ambos países, pues los niveles de conflicto no alcanzan los niveles de la etapa de la Guerra Fría. Existen

desavenencias, disonancias, diferencias de intereses e intenciones; sin embargo, la cooperación está presente y es un campo que se debe aprovechar aún más.

Rusia debe seleccionar una estrategia de negociación y asociación estratégica intermedia con Estados Unidos, establecer una política de contactos y consultas permanentes en todas las esferas de los vínculos bilaterales. Moscú debe aprender la lección de la última década: ni la subordinación incondicional a la Casa Blanca, ni el abierto enfrentamiento y los intentos por crear una coalición antinorteamericana han surtido el efecto deseado y, por el contrario han llevado los vínculos bilaterales a planos desfavorables para el Kremlin. A la hora de establecer la naturaleza de los vínculos con Estados Unidos, Rusia debe tomar en cuenta sus propios intereses nacionales; no continuar buscando una relación entre iguales, pues las condiciones no lo permiten, sino más bien establecer unas relaciones de beneficio mutuo. Ni siquiera en las condiciones más favorables, Rusia llegará a convertirse en un sólido aliado de Estados Unidos plenamente incorporado a la OTAN<sup>21</sup> y a las demás estructuras aliadas. Rusia deberá aceptar por el momento la supremacía hegemónica de Estados Unidos en el entorno internacional sin llegar a desempeñar un papel de actor subordinado. Las relaciones con Estados Unidos deben ocupar un papel importante entre las prioridades de la política exterior de Moscú, pero sin llegar a convertirse en una traba ante la necesidad de diversificación de la gestión exterior del país.

A pesar del término de la Guerra Fría, las relaciones entre Rusia y Estados Unidos permanecerán en el centro de la atención de la comunidad mundial dada la trascendencia que las mismas encierran para la estabilidad y la paz mundiales. Aun hoy día, el estado de las relaciones internacionales depende en cierta medida del comportamiento de las relaciones ruso-estadounidenses, incluyendo las estrategias que se diseñen y se establezcan de manera bilateral para solucionar conflictos regionales como el caso del Golfo Pérsico o el Medio Oriente. En ocasión del primer encuentro entre el ministro de Asuntos Exteriores ruso, Serguei Ivanov y el secretario de Estado Colin Powell, para discutir

<sup>21</sup> El 28 de mayo del 2002 fue firmado un acuerdo para la creación del Consejo OTAN-Rusia en el cual Moscú tendrá una participación limitada a ciertas áreas, que incluyen manejo de crisis, mantenimiento de la paz y áreas militares, lo cual es un paso de avance en las relaciones con los países occidentales y Estados Unidos. Sin embargo, se mantienen insolubles otras cuestiones importantes que mantienen tensas fundamentalmente las relaciones ruso-estadounidenses y que no guardan una relación directa con las cuestiones de la lucha coordinada contra el terrorismo internacional.

las estrategias conjuntas que llevarían a cabo ambos países en el escenario internacional, Ivanov se refirió de la siguiente manera a las expectativas de su país en este sentido:

Espero que podamos arreglámoslas para crear un mecanismo de cooperación bilateral, sobre todo política, que ayudará a evitar posibles complicaciones, a resolver de manera conjunta y efectiva las situaciones críticas que puedan presentarse en el mundo y a desarrollar una base de confianza mutua sobre la cual construir nuestra cooperación a largo plazo.<sup>22</sup>

Evidentemente Rusia no abandona sus aspiraciones de gran potencia y sus esperanzas de lograr recuperar su papel protagónico en el escenario mundial.

Luego de los acontecimientos del 11 de septiembre, se fortalece aún más la posición de dominio estadounidense en el orden internacional contemporáneo. Inicialmente Rusia se limita a acatar los designios de la Casa Blanca, para posteriormente denotar una postura defensiva y de expectativa ante lo inevitable: Estados Unidos una vez más resultan los vencedores en la prueba de fuerzas entre las grandes potencias, y Rusia se ve obligada a aceptar las decisiones unilaterales de su *aliado*.

<sup>22</sup> "Colin Powell afirma estar dispuesto a firmar con Rusia un tratado antinuclear", *El Herald de México* (México), 6 de febrero del 2002.